

En efecto, desde su llegada á Fontenay y del ruego que le dirigiera la señora de Barthele, de que le consagrara todo el día y la mañana del día siguiente, el conde parecía por demás preocupado. Cierta es que semejante preocupación así podía originarse de la enfermedad de Mauricio como de una causa distinta, pero únicamente á ojos extraños; y es evidente que dicha preocupación, que no había pasado inadvertida del todo á la señora de Barthele, hubiera para ésta sido mucho más visible, á no ser la suya personal en que á su vez estaba sumergida.

Ya en el salón, la baronesa invitó al conde á que se sentara, y volviendo á las inquietudes maternas que por un instante se señorearan de su ánimo, aunque no pudiendo arrojar completamente de sí la volubilidad que le era innata, continuó:

—Le decía á V., pues, amigo mío, que Clotilde es un ángel. Verdaderamente hemos obrado bien al casar á esos muchachos. ¡Si supiese V. qué cariñosos cuidados prodiga á su marido, con cuánta ternura se los agradece nuestro Mauricio, y con qué acento la dice éste, tomándole las manos: «¡Perdóname la pesadumbre que te ocasiono, mi buena Clotilde!» Pero ahora sabemos qué significan las palabras que él repetía sin cesar; conocemos la falta de la cual solicitaba su perdón.

—Pero yo, repuso Montgiroux, lo ignoro todo, y como V. me ha hecho quedar para comunicármelo, espero, mi querida amiga, que hará por dominar sus emociones y coordinar un poco sus ideas, á fin de que me sea dable seguir las hasta el fin.

—Tiene V. razón, dijo la señora de Barthele; voy derecha al asunto. Escúcheme V.

La recomendación era tan inútil como irrisoria la promesa.

## III

En efecto, á la señora de Barthele, como habrá advertido el lector, el cielo la había dotado de corazón excelente, pero dádole en cambio el carácter menos metódico que se pueda imaginar. En su conversación, por lo demás galana y original, iba á tontas y á locas, y no llegaba al fin de ella, cuando por acaso así acontecía, sino al través de mil digresiones. Para sus oyentes era obra de romanos seguirla en los diferentes terrenos en que se colocaba, pues su marcha era la del caballo en el juego de ajedrez. Los que la conocían, siempre cogían de nuevo el hilo del discurso, ó más la obligaban á que de nuevo lo anudase; pero los que la veían por vez primera empeñaban con ella una conversación en la que á cada paso se rompía la unidad de las ideas, y pronto la fatiga les obligaba á renunciar á ella. Fuera de esto, la señora de Barthele era mujer de prendas, y merecía elogios por cualidades reales, raras en una sociedad que se contenta en aparentarlas. Esta falta de ilación en las ideas, que acabamos de afearla, daba á su conversación algo de impensado, que no era desagradable para aquellos que, como Montgiroux, no sentían prisa por llegar al término de ella. Era un carácter atropellado y franco, cuya franqueza y atolondramiento habían conservado el hechizo del candor; lo que pensaba escapábasele de los labios como el vino excesivamente saturado de gases se escapa de la botella cuando la destapan. Sin embargo, su educación aristocrática y la costumbre de la sociedad encumbrada, quitaban á semejantes vicios innatos, que, llevados á la exageración, pueden convertirse sino en un defecto, á lo menos en un inconveniente, cuanto podían tener de áspero y de anómalo. La gazmoñería de los miramientos sociales enseñados por el solfeo del buen vivir la llamaba prontamente al diapason general, al compás, á la nota de la armonía social; sólo por lo vul-

gar, ó cuando la dirigian alguna palabra hipócrita ó mal intencionada, se abandonaba, por decirlo así, á la excelencia de su carácter. Inconsecuente como una gran dama, asumía, sin embargo, en la voz, en la mirada y en el talante, la serenidad de la mujer acostumbrada á imperar en sus salones y á dominar en los de los demás. Si la ligereza de sus decisiones hacia, á las veces, contraste con la importancia del asunto tratado; si la singularidad de sus paradojas hacia considerar la proposición sobre que versaba la controversia desde un punto de vista totalmente distinto del en que ella la consideraba, en la esencia de sus palabras se entreveía una bondad tal, una intención tan benévola, que quien quiera la escuchaba se sentía dispuesto á someterse á su voluntad; tal era la convicción que infundía respecto de la pureza del corazón que las daba vida y del celo que á ellas presidía. Ya en edad en que toda mujer de buen sentido renuncia á agrandar de otro modo que por el afecto, confesaba haber cumplido los cincuenta, añadiendo, empero, con grande ingenuidad, que todavía se hallaba tan joven como á los venticinco; lo que nadie pensaba en desmentirselo. Era activa, fresca, diligente, y hacia los honores del té con gracia irreprochable. Tal vez, en efecto, á aquella flor de otoño no le faltaba sino el sol de la primavera.

Restituída al asunto que la interesaba por la impaciencia del conde, la señora de Barthele prosiguió en estos términos:

—Como V. sabe, mi querido conde, para Clotilde y para mí la vida de Mauricio significa nuestra vida; su dicha es la nuestra; no vemos sino por sus ojos, y todos nuestros recuerdos, así como todas nuestras previsiones convergen en él. Pues bien, usted, á quien esa interminable sesión tiene clavado en el Luxemburgo, debe saber que desde que llegamos á esta casa lo habíamos puesto todo inútilmente en juego para conocer el pesar que tantos estragos causaba en el corazón de nuestro pobre Mauricio; porque V. recuerda cuán triste, imaginativo y sombrío se había puesto.

—Si me acuerdo; prosiga V., mi querida amiga.

—Luego, ¿qué podía haber originado semejante me-

lancolía en un hombre rico, joven, apuesto y superior á todos los demás? Y al decirle á V. esto no crea que me ciegue el amor maternal, conde; en realidad Mauricio aventaja en mucho á todos los jóvenes de su edad.

—Abundo en su parecer de V., dijo el conde; ¿pero el secreto ese?...

—Pues bien, el secreto ese era para nosotras el enigma de la esfinge. Ínterin y mientras nos devanábamos los sesos para adivinar la causa de él, el mal hacia progresos, las fuerzas de Mauricio se iban extinguiendo á ojos vistas, y aunque no exhalaba queja alguna y reprimía su desasosiego, era evidente que le amenazaba una enfermedad peligrosa.

—Recordará V. que esto ya lo había yo notado, dijo Montgiroux; pero continúe V.

—En efecto, obedeciendo á los consejos de V., nos vinimos al campo. En un principio temimos que Mauricio se negaría á salir de París; pero nos engañamos: el pobre muchacho no opuso dificultad alguna y aun se dejó conducir como un niño; mas al llegar aquí, á pesar de todos los recuerdos que esta casa debía despertar en él, se encerró en su cuarto, y al siguiente día se vio obligado á guardar cama.

—¡Ah! yo ignoraba que el caso fuese tan grave, dijo el conde.

—No concluye todo aquí; el mal desde entonces empezó á hacer espantosos progresos, por lo que mandamos á llamar á Gastón, el amigo de Mauricio, ese joven médico á quien V. conoce.

—¿Y qué dice Gastón?

—Después de examinarle con grande atención repetidas veces, me condujo aparte y me dijo: «Señora ¿conoce V. alguna causa que haya podido dar una gran pesadumbre á su hijo?» Como comprenderá V., yo repuse: «¿Una gran pesadumbre á Mauricio, el hombre que vive en las condiciones más excelentes de la tierra?» Preguntéle, pues, si estaba en su cabal juicio para interrogarme por modo semejante; pero él insistió, diciendo: «Hace diez años conozco á Mauricio, y como sé que no tiene vicio orgánico alguno que pueda acarrear la en-

fermedad que está padeciendo, es decir, una mena... mene... menin...»

—¿Una meningitis?

—Sí, una meningitis aguda, este es el nombre de la enfermedad que padece Mauricio. «Es menester pues, continuó el médico, que exista en él una causa de perturbación moral, y esta causa es la que debemos buscar. —En este caso, repuse, interróguele V. mismo.—Lo he hecho; pero se obstina en decirme que nada tiene, y que su dolencia es una enfermedad natural.»

—Entonces le veré yo mismo, dijo Montgiroux, y procuraré recabar...

—Lo que yo, su madre, he pedido en vano, ¿no es eso? Por otra parte es inútil, pues ahora sabemos qué tiene.

—¿Ustedes lo saben? Entonces dígamelo V.; empiece por ahí.

—Permitame que le diga, mi querido conde, que no tiene V. método alguno en las ideas.

—Mé resígnolo, baronesa, repuso Montgiroux, repantigándose en el diván, colocandó la pierna derecha sobre la izquierda y fijando los ojos en el techo; prosiga V.

—La enfermedad continuó haciendo horriblos progresos, hasta el extremo que ayer estábamos completamente consternadas; Mauricio no nos oía, ni nos veía, ni nos decía palabra alguna. El médico se cansaba en vano; Clotilde y yo nos mirábamós aterrados. En esto entra de improviso un criado imprudente... ¡Oh Dios mío! su imprudencia es la que nos ha salvado á todos. Conde, verdaderamente ocurren contingencias singulares, y el que todo lo rige desde lo alto debe compadecerse á menudo de nuestra pretendida sabiduría.

—Pero bien, ¿y el criado ese? se apresuró á preguntar el conde con mal disimulada sequedad y volviendo vivamente la cabeza hacia la señora de Barthele.

—Entró en el aposento del enfermo, y como habían corrido las cortinas para que no penetrara la luz, no viendo los signos que le hacíamos para que se callase, anunció... ¡Ah! no sé lo que hubiera dado para poder despedir al criado aquel.

—Bien, bien, repuso el conde, resuelto á no soltar el hilo de la conversación; ¿á quien anunció el criado?

—Á dos amigos de mi hijo. León de Vaux y Fabián de Rieulle. Creo que V. les conoce.

—Bajo bien triste aspecto por cierto, contestó el conde, olvidándose de su resolución de no desviarse de la línea recta; dos sandios que frecuentan malas compañías. Si, como V., tuviese yo algún influjo sobre Mauricio, no consentiría que éste viese á semejantes caballeretes.

—¿Cómo quiere V. que yo, mi querido conde, dirija á un hombre de veintisiete años en las amistades que debe contraer? Además, León y Fabián no son para Mauricio dos conocidos de ayer, sino amigos de seis ú ocho años.

—Entonces, continuó Montgiroux con un mal humor cuya explosión nada motivaba, no me admira el estado á que se halla reducido Mauricio. ¡Ah! si V. quiere, yo le diré el secreto ese, señora.

—No, respecto del particular no puede V. decirme cosa alguna, porque nada sabe; lo que hay es que está usted injusto para con esos jóvenes, y lo está porque les dobla la edad, olvidándose de que, cuando como ellos, ha hecho V. lo que ellos.

—¡Nunca! exclamó Montgiroux. Ese Fabián de Riculle es un joven que se jacta de sus conquistas, que no sólo seduce, sino que, además, deshonor. En cuanto al otro, es un niño á quien no tildaré sino el que frecuente malas compañías.

—¡Malas compañías! ¡malas compañías! repitió la baronesa arrastrada á cien leguas del asunto de la conversación.

—Sí, malas compañías, le repito y me afirmo en ello, continuó el conde, cuya calma acostumbrada y calculada cedía á pesar suyo á una agitación febril que no pasó inadvertida á su interlocutora.

—Supongo, dijo con viveza la señora de Barthele, que la prueba no consistirá en que V. los encuentre donde ellos van.

El conde se mordió involuntariamente los labios, como hace un ministro á quien en el calor de la improvisación

se le escapa una verdad peligrosa; pero al punto recobró su impasibilidad de par de Francia, y respondió sonriendo:

—¡Yo, señora! ¿olvida V. acaso que tengo sesenta años?

—Á toda edad se cometen locuras, caballero.

—¿Con mi carácter?

—Usted era un Grandvaux, caballero; pero ahora se me ocurre una idea: ¿qué interés tiene V. en acusar á esos dos pobres jóvenes á quienes hallo yo por demás amables?

—¿Qué interés? ¡Y V. que hace semejante pregunta. repuso sentimentalmente Montgiroux, cuando Mauricio se encuentra no dos dedos de la muerte, y quizá lo deba al mal ejemplo que ellos le han dado!

—Tiene V. razón, amigo mío, y esto excusa todas sus prevenciones; pero ¿en qué las funda V.? Diga, y si son justas, me haré partícipe de ellas.

—Los dos jóvenes esos, dijo el conde, obligado á dar una explicación, pertenecen á dos familias distinguidas, si bien la de Fabián data de ayer.

—¿Nobleza del Imperio, no es eso? dijo la de Barthele prolongando desdeñosamente los labios; nobleza de cañón, que se va toda en humo.

—No, no, ni siquiera eso, exclamó el conde entusiasmado de que su amiga le proporcionase esta nueva ocasión de cebarse en Fabián, que parecía el blanco de sus iras: nobleza de forraje, baronía de astillero. Su padre era guardalmacén en jefe de no sé qué.

—Pero esto nada tiene que ver con las acusaciones que fulmina V. contra esos jóvenes, mi querido conde, y no se pasa día que en la Cámara no estreche V. la mano de gente salida de menos y que han vendido algo peor que paja y cebada.

—Pues bien, ya que es menester que se lo diga á V., sé que Fabián se propone cosas muy inconvenientes respecto de una hermosa joven.

—¿Á quien V. conoce? preguntó con viveza la señora de Barthele.

—No; pero conozco un caballero á quien dicha mujer

interesa y al cual molestan grandemente las asiduidades de esos mequetrefes.

—¿Y cómo se llama el caballero á que V. alude?

—La discreción no me permite responder á semejante pregunta, mi querida baronesa, dijo el conde con acento afectado, porque el caballero ese...

—¿Está casado?

—Casi, casi, respondió Montgiroux.

—Está bien, dijo la señora de Barthele cruzando los brazos y envolviendo al conde en una mirada burlona; ahí lo que puede servir de respuesta á los detractores de la pairía. Verdaderamente nuestros hombres de Estado son grandes talentos, pues pueden maridar en su privilegiado cerebro un pequeño escándalo de alcoba con importantes asuntos parlamentarios.

Montgiroux, que previó la tempestad que iba á desencadenarse, se apresuró á ponerse á cubierto de ella buscando amparo, á guisa de pararrayos, en el afecto.

—Baronesa, dijo, V. se olvida de que única y exclusivamente se trata de nuestro querido Mauricio.

Estas palabras, que ablandaron el corazón de la señora de Barthele, hicieron que la madre volviese á recobrar su dominio sobre la amante.

—Si yo estuviese celosa, dijo la baronesa, no pudiendo, sin embargo, desechar de improviso las sospechas que concibiera, creería que al emitir su opinión respecto de los dos amigos de mi hijo, no ha estado V. tan desapasionado como ha querido dar á entender; pero soy generosa, y, además, se le confieso á V., en este momento mi corazón pertenece por entero á Mauricio. Como decía pues, éste oyó nombrar á León de Vaux y á Fabián de Rieulle, aunque fingió estar sordo; notó el movimiento que yo hice, aunque pareció estar ciego, y, en el instante en que le creíamos amodorrado, se volvió prontamente para dar orden de que les hiciesen entrar.

—Á lo que parece el nombre de sus amigos había producido en él una revolución, dijo con gravedad el conde.

—Precisamente, y esto me reconcilia algo con ellos.

—¡Las revoluciones son conmociones eléctricas que

galvanizan hasta los cadáveres! exclamó el par de Francia, ni más ni menos que si se hubiese encontrado en la Cámara.

Luego, callándose de improviso con la tranquilidad parlamentaria de un orador á quien el presidente acaba de llamar al orden, se envolvió en su dignidad y profirió únicamente estas palabras:

—Prosiga V., mi querida amiga, la estoy escuchando.

—Mauricio ordenó, pues, que les hiciesen entrar; yo tenía los ojos fijos en el médico, el cual me hizo una señal afirmativa; luego, cuando hube repetido el mandato de mi hijo, el médico se inclinó hasta mi oído y me dijo: «Este impulso es de buen agüero; dejémosle á solas con sus amigos; tal vez éstos, más conocedores de su vida que V. misma, saben el secreto que nos esconde. Al salir les interrogaremos». Así de la mano á Clotilde, y nos retiramos al pequeño gabinete contiguo, donde nos siguió el doctor, quien cerró la puerta al tiempo que introducían á los visitantes á presencia del enfermo. «Ahora, mi querido amigo, dije al médico, ¿no le parece á V. que, para mayor seguridad nuestra, no estaría de más que escuchásemos la conversación de esos caballeros?—Atendido lo grave de las circunstancias, respondió aquél, creo que podemos propasarnos á esta pequeña indiscreción.» ¿Es V. del parecer del doctor, mi querido conde?

—Mucho que sí, pues supongo que el secreto de Mauricio no lo era de Estado.

—Nos salimos, pues, del gabinete, y fuimos á ocultarnos detrás de la puertecita de la alcoba, la cual, como más cerca que está de la cama, nos permitía oír más claramente.

—¿Y mi sobrina estaba con ustedes? preguntó el conde.

—Sí, pues se opuso á separarse de nosotros á pesar de mis instancias. «Si Mauricio es hijo de V., replicó, también es marido mío; deje pues que con ustedes escuche yo lo que van á decir, y nada tema por mí por trascendental que sea el secreto.» Clotilde me asió la mano, y los tres prestamos oído atento.

—Continúe V., baronesa, continúe V., dijo el conde, porque si su relato por lo inverosímil parece una novela, en cambio asume el interés de ésta.

—¿Y cuánto pasa hoy no parece increíble? exclamó la señora de Barthele, aprovechando la ocasión para divagar según su costumbre. Si veinte años atrás nos hubiesen contado lo que diariamente estamos viendo, lo que á cada instante tocamos con las manos, ¿no hubiera dicho V. que era imposible?

—Sí, respondió Montgiroux; pero de veinte años á esta parte se ha desvanecido de tal suerte en mí la incredulidad, que hoy tengo el defecto de caer en el exceso contrario. Continúe V. pues, mi querida amiga; verdaderamente siento comézón de conocer el desenlace de esa escena.

—Pues bien, cuando empezamos á escuchar, á causa del tiempo que habíamos perdido en dar la vuelta al aposento y de las precauciones que debimos tomar para que no nos oyeran, la conversación había ya empezado, y León de Vaux hacía burla de Mauricio con acento tan zumbón, que no sé cómo no perdí la paciencia.

«—¿Qué quieres! dijo Fabián, está loco.

»—Puede, replicó Mauricio; pero es así como digo. Creo que esa mujer es la única á quien realmente he amado; al romper con ella, hame parecido que se me quebrantaba algo en mi pecho.

»—También la he amado yo muchísimo, replicó Fabián. ¡Caramba! todos la hemos amado; pero cuando tú me sustituistes en sus favores, no por eso me morí, al contrario, le pedí que me considerase como amigo, y soy uno de los mejores que tiene.»

—Puede V. imaginar la situación de Clotilde durante aquel rato, dijo la baronesa. Su mano, que no la había apartado de la mía, primeramente se puso húmeda, luego se le crispó. Miréla, y la vi pálida como una difunta. Hicela seña de que se alejase, y moviendo la cabeza en ademán negativo, se llevó un dedo á los labios. Así, pues, continuamos escuchando.

«—Si lo hubieses tomado como yo, querido, prosiguió Fabián, y como espero va á tomarlo León, aquí

presente, cuando le llegue su vez, habrías quedado, cual yo, amigo de ella.

»—¡Imposible! exclamó Mauricio, ¡imposible! después de haber poseído á esa mujer, no me habría sido dable mirar con indiferencia como pasaba á los brazos de otro. ¡Ah! á éste, fuese quien fuese, le hubiera matado.

»—Pues hubiese tenido lances un duelo por causa de esa mujer, repuso Fabián.»

—¿Pero de qué mujer estaban hablando? preguntó Montgiroux.

—Lo ignoro, respondió la baronesa, pues sea casualidad, ó bien precaución, ni una sola vez pronunciaron su nombre.

—¡Una mujer que no es la suya! ¡Mauricio ama á otra mujer que á mi sobrina! continuó el conde, ¡y Clotilde está en el secreto de este amor! Pero señora, ¿usted no revienta de ira?

—¡Eh! señor rigorista, ¿acaso somos dueños de nuestro corazón? El amor es una enfermedad que nos asalta no sabemos cómo y se va sin que sepamos por qué.

—No digo que no; pero es imposible que Mauricio esté enfermo de amor.

—Sin embargo es así. Mire V., ahí está el médico; pregúnteselo V.

—¡Cómo! exclamó Montgiroux al ver al joven facultativo, quien, á una invitación de Clotilde, venía al encuentro de los dos interlocutores; ¡cómo! ¿Usted cree formalmente que la causa de la enfermedad de mi sobrino obedece á unos amores pasajeros?

—No á unos amores pasajeros, señor conde, respondió el médico, sino á una pasión.

—¿Pero acaso se puede sentir una pasión real por una mujer tan indigna de ella, á lo que parece, como la de que está hablando la señora de Barthele?

—Uno es ser y otro parecer, repuso el médico.

—¿Así pues, según opinión de V., esa mujer no es tal cual la pintan?

—Ante todo debo decir á V. que no la conozco, respondió aquél; y además, todavía ignoramos de quién se

trata; pero ya sabe V. que el señor de Riculle es, ó á lo menos goza fama de ser excesivamente lenguaraz respecto de las mujeres.

—No es esto lo que me admira, dijo la baronesa.

—¿Qué la admira á V. pues?

—Que una mujer, sea esta la que fuere, amada por un hombre como Mauricio, guapo, rico, elegante y apuesto, pueda engañarle por otro cualquiera hombre. Esto es lo que me admira, lo que me hace sospechar que es indigna de él semejante mujer.

—En verdad, mi querida baronesa, replicó Montgiroux, está V. hablando cual si Mauricio se conservase soltero. ¿Y Clotilde?

—La abnegación de Clotilde ha rayado en la sublimidad, ¿no es cierto, doctor? «¡Oh! le salvaremos, ¿no es verdad que le salvaremos?» ha dicho la pobre arrojándose en mis brazos. No me niegue V. que únicamente las mujeres saben amar.

—¡Enfermo de amor! repitió el conde no pudiendo rehacerse de su sorpresa.

—Sí, enfermo de amor, dijo la baronesa con entusiasmo maternal entre serio y cómico; ¿qué hay de particular en ello? ¿No vemos todos los días á gentes que se destapan los sesos ó se precipitan en el agua por enamoradas? Mire usted, el primo del caballero ¿como le llama V.?... que siempre es ministro de algo... ¿no se enamoró de una mujer de teatro? Ayúdeme V., pues sabe á quién me refiero; un embajador; sí, que murió de resultas ó casó con ella, no me acuerdo bien.

—Por desgracia, repuso el conde en tono desabrido, Mauricio no puede casar con ninguna, toda vez que ya lo está. Así pues, si su pasión es tan honda cual la del individuo á quien V. se refiere, no le cabe sino hacer testamento y morir de languidez como un pastor de la Astrea ó de...

—¿Conque esto es lo que haría V. por Mauricio, por su...?

El conde la contuvo con una mirada.

—Pues su mujer y yo haremos mejor que eso: le salvaremos, dijo la baronesa.

—¿Pero verdaderamente la situación es tan grave como V. dice? preguntó Montgiroux.

—Gravisísima, señor conde, dijo el médico; tanto, que ayer no me hubiera atrevido á responder de la vida del paciente.

—¡Parece increíble!

—Señor conde, para nosotros, que vemos la medicina desde el campo de la filosofía, nada hay increíble. ¿Por qué quiere V. que una violenta conmoción moral no produzca, sobre todo en una organización tan nerviosa como la de Mauricio, un desorden igual al que puede producir la punta de una espada ó la bala de una pistola? ¿No dice V. que posee algunos conocimientos fisiológicos? Pues bien, acérquese V. al lecho del enfermo y fíjese en éste, y verá que tiene el rostro pálido, la esclerótica amarilla y el pulso turbado; en una palabra, todos los síntomas de una meningitis aguda, ó en otros términos, de una fiebre cerebral. Pues bien, esta fiebre le proviene de un profundo dolor moral, y enmudeciendo respecto de la causa de semejante dolor, que en la actualidad vamos á ensayar si lo combatimos por medio del efecto mismo que lo ha producido, acabaría consigo como pudiera hacerlo disparándose un pistoletazo en la sien.

—¿Y cuál es el remedio que va V. á ensayar?

—Es conocido hace dos mil quinientos años. ¿Ha leído V. la historia de Estratoniza y del joven Demetrio?

—Sí.

—Pues bien, haremos pasar por delante del enfermo el objeto de su pasión, y como, según afirman, la dama no es de virtud esquiva, seremos muy poco afortunados si no cura el mal que ha causado.

—Pero ¿cómo se llama esa mujer? repitió Montgiroux.

—Creo que los amigos de Mauricio me lo han dicho, respondió la baronesa; pero le confieso á V. que se me ha olvidado.

—Vamos á ver, ¿de qué modo llevará V. á cabo la curación? De lo que V. me ha dicho se desprende que Mauricio está demasiado endeble para ir á casa de la ninfa.

—Ésta vendrá aquí, y asunto concluido.

—¿Cómo! ¿esa mujer de quien V. ni siquiera sabe el nombre?...

—Llámesese como se llame, con tal que restituya la vida á mi hijo; no pido más.

—¿Pero qué va á decir la gente al ver que V. recibe en su casa á una mujer como esa?

—¿Y á mí qué me importa lo que digan? Además, ¿acaso la gente lee las recetas de los médicos y se ocupa en las drogas que entran en una poción calmante? Nosotros obramos por orden del médico; no tenemos más voluntad que la de la ciencia. La gente no me devolverá mi hijo, conde, y la hermosa desconocida sí; con esto queda contestado cuanto puedan decir.

—Al contrario, replicó el conde, con esto á nada se contesta. Se lo repito á V. otra vez: medite en lo que pueden pensar, en lo que van á decir.

—Nada dirán ni pensarán desde el momento que yo estoy aquí. A Dios gracias conservo todavía alguna autoridad, y respetarán mi dolor al ver que mi hijo se está muriendo.

—Los mal intencionados nada respetan.

—Se les impondrá silencio.

—¿Así pues su resolución de V. es definitiva?

—Irrevocable.

—¿Y la aprueba el médico?

—No sólo la apruebo, dijo éste, la aconsejo, y si es menester la ordeno.

—Entonces no digo más, repuso el conde, sino que es menester alejar á Clotilde.

—Por desgracia Clotilde ha manifestado ya su parecer sobre el particular; se aviene á todo, pero á condición de no moverse de aquí.

—¿Conque mi sobrina va á permanecer bajo el mismo techo que la mujer esa?

—¡También yo permaneceré, caballero!

—Pues es preciso hacer lo que ustedes quieran, no se hable más de ello; únicamente deseo saber ahora qué día va á realizarse esa escena dramática.

—¿Con qué fin me dirige V. semejante pregunta?

30046

—Con el de no moverme de París en tal día.

—Pues el día ese es el de hoy, y no le he mandado á buscar á V. con otro objeto que el de tenerle á nuestro lado en las graves circunstancias presentes.

—Señora, exclamó el conde, es imposible; mi carácter... sujeto como estoy al fallo de la opinión pública...

—¡Silencio! interrumpió la baronesa, ahí viene Clotilde.

Efectivamente, en aquel instante la joven acababa de abrir la puerta del salón.

#### IV

Clotilde venía para notificar á su tío que Mauricio estaba despierto, y además para rogarle que entrase en el aposento de éste.

Montgiroux dirigió una rápida mirada á su sobrina y vió que estaba pálida, pero al parecer tranquila y resignada.

Al saber la causa secreta de la enfermedad de Mauricio, la señora de Barthele y Clotilde, en un primer impulso de amor maternal la una, la otra en un arranque de devoción conyugal, habían tomado la resolución que hemos manifestado, resolución que, en la inflexibilidad del deber, que primordialmente exige que á toda costa se salve al enfermo, el médico las sugiriera. Esta resolución era efecto de un sentimiento demasiado natural y legítimo para que una ú otra de ellas pensasen en solo instante en lo ridículo de la situación en que iba á colocarlas la presencia de una mujer que había sido la querida de Mauricio. Montgiroux, empero, que, como habrá notado el lector, no era hombre que se abandonase al primer impulso, había entrevisto inmediatamente todo lo anómalo y ofensivo de la admisión de una mujer mundana en la casa de su sobrina; además preocupábale, respecto de dicha mujer, una vaga zozobra que le hacía desear no encontrarse con ella, sobre todo en presencia de

la baronesa: intentó, pues, huir, aunque en vano, pues la señora de Barthele, haciendo uso de su antigua autoridad, le retuvo á su lado. El conde, enemigo de toda lucha, cedió con una especie de vacilación temerosa; y es que un presentimiento le decía que él debía verse metido para algo en aquel lance. En esto y cuando la baronesa iba á lograr, quizás, una revelación de lo que pasaba en el ánimo del noble par, Clotilde vino á interrumpir la conversación de los dos antiguos amigos, que empezaba á tomar un calor indiscreto.

Como ya hemos dicho, la sobrina de Montgiroux venía á anunciar á éste que Mauricio estaba despierto y que podía entrar á verle.

La señora de Barthele y el conde se levantaron inmediatamente y siguieron á Clotilde.

Iba Montgiroux subiendo por las escaleras mientras en su imaginación buscaba cómo salir del aprieto, cuando de improviso y al través de una ventana la baronesa miró al patio y exclamó:

—Aquí está Fabián de Rieulle; vamos á saber novedades.

Efectivamente, Fabián entraba en el patio, casi en pie en un tilburi.

—En este caso, mi querida Clotilde, dijo Montgiroux deteniéndose bajo la impresión espontánea de un terror cuya causa no atinaba á explicarse, como tengo tanta comezón como la señora de Barthele por saber qué nuevas nos trae ese caballero, vuélvete al lado de tu marido; dentro de un instante estaré á tu lado.

Y se precipitó en pos de la baronesa, á fin de no dejarla ni un instante á solas con el recién venido.

Éste, en quien nos es forzoso fijar la atención mientras con ligereza salta del tilburi y sube las gradas componiendo el ligero desorden que había introducido en su tocado una rápida carrera, era un joven de veintisiete á veintiocho años, gallardo en toda la extensión de la palabra, y que á los ojos de los que lo juzgan todo por las apariencias, podía pasar por el prototipo de la elegancia. Según hemos expresado ya, era el amigo, ó más bien el compañero de Mauricio, pues á los dos les separaba un

abismo abierto por una diferencia imperceptible á las miradas vulgares, la cual ensayaremos demostrar cuando debamos hacer entrar en escena á este nuevo personaje.

Gracias á la diligencia de Montgiroux y á conocer á palmos la casa, pudo éste entrar por una puerta mientras Fabián lo hacía por la otra.

—Y bien, mi querido señor de Rieulle, dijo la madre de Mauricio, ¿qué noticias trae V.?

Pero en el instante en que el joven iba á abrir la boca para responder, reconoció á Montgiroux, y quedó suspenso.

—¡Oh! no importa, dijo la baronesa viendo la irresolución pintada en el rostro de Fabián, puede V. hablar; el conde conspira con nosotros.

Rieulle fijó una mirada escrutadora en Montgiroux, y su vacilación se trocó en asombro. Por lo que hace al hombre de Estado, deseoso de no comprometer la gravedad de su carácter, se contentó con mover la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien, señora, dijo Fabián, todo ha salido á medida de los deseos de V. y de nuestras esperanzas: la persona de que se trata acepta la partida de campo.

—¿Y cuándo debe celebrarse la entrevista? preguntó con cierta ansiedad la señora de Barthele. No olvidemos que cada miuto de retraso puede comprometer la vida de Mauricio.

—La cita es para esta mañana misma, y antes de poco indudablemente la veremos llegar.

Y Fabián, al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada al conde, para ver qué efecto produciría en él el anuncio de la notificada próxima llegada; pero el par, que había tenido tiempo de cubrirse de nuevo con su máscara política, permaneció impassible.

—¿No ha opuesto dificultad alguna? preguntó la baronesa.

—Sólo se ha hablado de una sencilla partida de campo, respondió el joven; el pretexto de que León de Vaux se ha valido para determinar á la consabida á venir en su compañía á Fontenay, ha sido la venta de una casa. Mi amigo se encarga de irla preparando poco

á poco, durante el camino, para que acceda á prestar el servicio que V. solicita de ella.

—¿Entonces no teme V. que se niegue á seguir adelante?

—Cuando sepa la situación de Mauricio, espero que el recuerdo que la amistad que con él la unía vencerá toda otra consideración.

—También lo espero yo, repuso la señora de Barthele.

—Dígame V., caballero, y dispense, preguntó el conde en voz que, á pesar de todo el dominio del hombre de Estado sobre sí mismo, no estaba exenta de emoción, ¿cómo se llama esa mujer?

—¡Cómo! ¿V. no sabe de quién se trata? dijo Fabián.

—Ni eso; sé únicamente que la mujer sobre que versa la cuestión es joven y hermosa; pero V. no ha pronunciado todavía su nombre.

—¿Así, pues, lo ignora V.?

—Completamente.

—Se llama la señora Ducoudray, respondió Fabián de Rieulle inclinándose con la más grande impassibilidad.

—¿La señora Ducoudray? repitió Montgiroux con visible expresión de alegría. No la conozco.

Y el conde respiró como hombre á quien le quitan una montaña de encima; pareció que el aire penetrase libremente en sus pulmones, y sus contraídas y arrugadas facciones recobraron su morbidez acostumbrada. Fabián siguió en el rostro del conde todos estos síntomas de satisfacción, y se sonrió imperceptiblemente.

—Mi querida amiga, dijo entonces á la baronesa el conde, quien, según parece, estaba ya enterado de cuanto deseaba saber, ahora que estoy casi seguro de la llegada de nuestra maga, la dejo á V. con el señor de Rieulle y me subo á ver al enfermo.

—Pero no se mueve V. de casa ¿no es eso?

—Ya que V. se empeña, no hay sino acatar su deseo; lo único que voy á hacer es despedir á mis criados, ya que esta noche va á prestarme V. sus caballos para volverme á París.

—Aceptado.

—Ahora permítame V. que escriba dos líneas avisando que no me aguarden para comer.

—Escriba V.

Montgiroux se acercó á una mesa sobre la cual, para uso de todo el mundo, había una hoja de papel secante, plumas, tinta y papel para escribir, y cogiendo una cuartilla de vitela perfumada, garabateó estas palabras:

«Hasta esta noche á las ocho, en la Ópera, hermosa mía.»

Luego selló el billete, escribió la dirección mientras dirigía una mirada inquieta á la señora de Barthele, y se salió para dar sus órdenes y subir, como dijera, á la habitación de Mauricio.

Una vez se hubo salido el conde, la baronesa, más en libertad para interrogar al amigo de su hijo, se apresuró á decir con su volubilidad habitual:

—Por fin vamos á ver á esa hermosa señora Ducoudray; porque V. me ha dicho que era hermosa, ¿no es así?

—Más que hermosa, hechicera.

—¿Ha dicho Ducoudray?

—Sí, señora.

—¿Sabe V., señor de Rieulle, que este apellido suena?

—En efecto, es un apellido de distinción.

—¿Y en realidad es el de la dama?

—A lo menos es el que la damos en las circunstancias presentes. Pueden verla en casa de V., y de este modo se cubren las apariencias. El llamarla señora Ducoudray á nada obliga, pues semejante apellido autoriza para tratarla del modo que á uno más le plazca. Como ya le he dicho á V., durante el camino León debe explicarla porque la conducimos aquí y bajo qué apellido vamos á presentarla.

—¿Y cuál es su apellido verdadero? preguntó la baronesa.

—Creo que nunca lo ha dicho á nadie.

—Ya verá V. como es hija de algún gran señor venido á menos, dijo riendo la señora de Barthele.

—Es muy posible, repuso Fabián; más de una vez me ha asaltado esta sospecha.

—Así pues no le pregunto á V. el nombre con que está inscrita en el libro de blasones de Francia, sino aquel con que es conocida.

—Fernanda.

—¿Y dice V. que este nombre es conocido?

—Conocidísimo, señora... por ser el de la mujer de quien más se habla en París.

—Me pone V. cuidadosa; si mientras esa mujer se encuentra aquí llega alguien que la conozca...

—Con toda franqueza hemos manifestado á V., señora, la representación social de la señora Ducoudray, ó más bien, Fernanda; todavía puede V. evitar los inconvenientes que teme. Si V. quiere, corro á su encuentro, y ni siquiera llegará á la vista de la quinta.

—¡Qué cruel es V., señor de Rieulle! Usted sabe perfectamente que es menester salvar á mi hijo, y que el médico pretende que no existe otro remedio.

—Es cierto, señora, así lo ha dicho, y únicamente porque lo ha dicho y afirmado, recuérdelo V. bien, me he atrevido á ofrecer á V...

—Pero ¿realmente es tan hechicera como dicen esa señora Ducoudray que inspira pasiones tan terribles?

—Pronto va V. á juzgarla por sus propios ojos.

—¿Y tiene talento?

—Pasa por la mujer de París que más bien habla.

—Porque semejantes mujeres dicen cuanto se les ocurre; esto se concibe. Y cuanto á modales... lo suficiente, ¿no es eso?

—Exquisitos; más de una dama de la más elevada alcurnia conozco yo que podría envidiárselos.

—Entonces ya no me admira que Mauricio se haya enamorado de ella. Lo único que me extraña es que, capaz de conocer la distinción, como al parecer lo es dicha mujer, se haya mostrado sorda al amor de mi hijo.

—Nosotros no le dijimos á V. que Fernanda se hubiese mostrado sorda al amor de Mauricio, señora; sino que éste halló un día cerrada la puerta de aquella y no ha logrado que se la franquearan de nuevo.

—Lo que es más sorprendente todavía, confíeselo usted. Pero ¿á qué causa atribuye V. este capricho?

—No sé...

—El interés no puede haberlo motivado, porque Mauricio está rico; á no ser que algún príncipe extranjero...

—No creo que en su rompimiento con Mauricio, á Fernanda la haya guiado el interés.

—¿Sabe V. que cuanto me está diciendo despierta grandemente mis deseos de verla?

—Dentro de diez minutos quedará V. complacida.

—A propósito, querría consultar á V. sobre el modo cómo debemos tratarla. Mi parecer primero,—y cuanto acaba V. de decirme me confirma en él,—era que desde el momento en que nos vemos obligados á hacer que ignoramos su conducta y la admitimos en nuestra casa como á una aristócrata, debemos tratarla como trataríamos á una verdadera señora Ducoudray.

—Me place en extremo, señora baronesa, abundar en su parecer respecto del particular.

—¿Usted lo comprende, no es verdad, señor de Rieulle? Un sentimiento de decoro, un escrúpulo natural son los que me guían, á fin de preparar de antemano el recibimiento que debo dispensarla, pues todos aquí ajustarán su conducta á la mía.

—Siendo así, nada me da cuidado, señora.

—Quiero que mi circunspección y mi cortesía suma le indiquen el tono que debe emplear. Quanto á Clotilde, he puesto especial cuidado en darla á entender, sin decirselo desembozadamente, que la dama esa era bastante... liviana, que convenía obrar con miramiento, con afecto ceremonioso y frío. Demás, ¿quién va á saber este lance? Nadie. Mauricio guarda cama, la gente conoce su estado y se contenta con ir á preguntar por él en su palacio de París. Todavía no hemos visto, y por ello doy gracias á Dios, á nuestra prima la de Neuilly. Usted la conoce ¿no es cierto, señor de Rieulle?

Fabián se sonrió é hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Ya sé qué quiere V. decir, repuso la señora de Barthele; que es la mujer más curiosa, más habladora y más chismosa que existe debajo del sol. Nos encon-

tramos, pues, en circunstancias favorabilísimas para llevar á cabo la curación que vamos á intentar.

—¿Qué duda cabe? repuso Fabián con una especie de gravedad que envolvía visiblemente una intención oculta. Lo único que me admira, es la facilidad con que la esposa de Mauricio ha consentido en recibir en su casa á la mujer que la ha arrebatado el corazón de éste, y por la cual se ha visto abandonada durante todo este invierno.

—No digo que no; su abnegación es extraordinaria; pero ¿quisiera V. que se quedase viuda por prurito de venganza? ¡Pobre Clotilde! es un ángel de resignación. Ante todo quiere cuanto yo quiero; luego adora en su marido, y el objeto adorado lo es con sus defectos y en ocasiones por ellos. Destinados, desde que nacieron, el uno para el otro, su afecto por Mauricio empezó á la cuna; el amor que ella siente es real, duradero y firme, pero honesto; no uno de esos amores excéntricos que matan, como el que mi hijo experimenta por la mujer esa.

Fabián no pudo reprimir una sonrisa al ver que la madre de Mauricio confirmaba lo que él hacía tiempo sospechaba, esto es, que el matrimonio de su amigo y de la señorita Montgiroux había sido una alianza ventajosa para ambos en cuanto al interés material; un matrimonio de conveniencia, una de esas uniones que á las veces proporcionan la tranquilidad, pero nunca la dicha. Por una parte la enfermedad de Mauricio se lo había ya hecho presentir; por otra, lo que la baronesa calificaba de devoción de Clotilde, acababa de poner en claro la situación. Las circunstancias, pues, iban adaptándose á las mil maravillas á sus deseos y tendían al triunfo de sus proyectos; porque conviene saber que Rieulle los acariciaba. Esta satisfacción íntima hizo subirle á los labios una sonrisa involuntaria, que no pasó inadvertida á la baronesa, la cual preguntó á su interlocutor:

—¿De qué se ríe V., señor de Rieulle?

—De la sorpresa que va á recibir Mauricio, respondió Fabián con gesto el más natural del mundo; éste me acusaba de haberle perjudicado en el ánimo de la señora

Ducoudray, siendo así que, por el contrario, yo soy quien se la conduzco.

—¡Pobre muchacho! dijo la baronesa.

Y ambos fueron á apoyarse en el alféizar de la ventana para ver si llegaba Fernanda.

Poco después un ligero ruido hizo volver á la señora de Barthele.

Clotilde acababa de entrar.

—¡Oh! ¡Dios mío! exclamó la baronesa, ¿qué novedad ocurre arriba? ¿estaría más grave Mauricio?

—No, señora, respondió Clotilde; pero mi tío me ha hecho seña de que le dejase á solas con él y el médico. Por eso me he venido.

Y la joven hizo una reverencia para devolver el saludo que la dirigió Fabián.

—Bien, bien, dijo entonces la señora Barthele. Tranquilízate, ángel mío: la señora que tú sabes, madama Ducoudray, consiente en venir, y la estamos aguardando de un momento á otro.

Clotilde bajó los ojos y suspiró.

—Ya lo ve V., dijo la baronesa al oído de Fabián, el dolor menoscaba también su salud. ¡Pobre muchacha!

El joven dirigió una rápida mirada á Clotilde, y al instante mismo se convenció de lo contrario. Tal vez nunca, gracias á la ligera palidez que le cubría el rostro y tanto podía originarse de la fatiga como del pesar, la mujer de su amigo le pareciera tan hermosa. El blanco y rosado cutis de aquélla, la frescura de sus labios y su límpida mirada, rebosaban juventud y salud, y su postura era natural; el dolor que experimentaba, no la había, pues, afectado en cosa alguna. Por lo demás, á su edad (Clotilde no tenía veinte años cumplidos), el temor de perder no inspira todavía grandes temores, porque nada se ha perdido aún. Huérfana desde la infancia, todos aquellos á quienes amara y continuaba queriendo, no se habían movido de su lado, y su presente se parecía por tal modo á su pasado, que no la arredraba lo porvenir. Así pues, el pesar moral que le causaba la enfermedad de su marido no asumía el más mínimo carácter intranquilizador; era cual nubecilla que en her-

mosa mañana de primavera se desliza por un cielo puro y vela el sol sin apagar sus rayos. Más, ni estudiándola se acertaba á descubrir el despecho que la traición de Mauricio había debido despertar en ella; á bien que tan castamente la habían educado, que tal vez ni comprendía en toda su intensidad la importancia de semejante traición.

Mientras Clotilde permanecía con los ojos fijos en el suelo y la señora de Barthele la compadecía en voz baja de los males que no experimentaba, Fabián hallaba un hechizo indecible en contemplar á aquella joven sencilla de corazón y de actitud, á quien el matrimonio hasta cierto punto no había hecho sino levantar el velo virginal de la doncella; y hecho un rápido análisis de tantas y tan candorosas gracias, realizadas por la confianza que da la costumbre del trato social y por la tranquilidad que inspira la virtud, reflexionaba en la rareza del corazón humano, que convirtiera al insensible marido de Clotilde en el amante apasionado de Fernanda. La señora de Barthele, empero, en quien la experiencia despertaba el temor, cuya ternura se sublevaba al más mínimo incidente, que buscaba aturdirse respecto de la causa de su pesadumbre por medio de una agitación continua, no dejó á su nuera el tiempo de dar otro suspiro, ni al joven ocasión de prolongar su examen; sino que tomando de nuevo é inmediatamente la palabra, dijo:

—¿Conque te encontrabas en el dormitorio de Mauricio cuando el conde ha entrado en él?

—Sí, señora, estaba sentada en la cabecera del lecho.

—¿Y Mauricio ha demostrado conocer al señor de Montgiroux?

—No sé, pues ni siquiera ha vuelto el rostro.

—¿Y entonces?

—Entonces mi tío le ha dirigido la palabra, aunque inútilmente.

—Ya ve V., mi querido Fabián, continuó la baronesa volviéndose hacia el joven, en qué estado de marasmo ha caído mi desventurado hijo. ¿No le parece á V. que todo es permitido para sacarle de situación semejante?

Rieulle hizo una seña afirmativa con la cabeza,

—¿Y qué ha hecho el conde? prosiguió la señora de Barthele dirigiendo otra vez la palabra á su nuera.

—Ha dicho algunas palabras en voz baja al médico, y por medio de una seña me ha indicado que me saliese del aposento.

—¿Y tu marido ha notado tu partida? ¿ha hecho algún movimiento para retenerte?

—¡Ay! no, señora, respondió Clotilde sonrojándose ligeramente y dando un segundo suspiro.

—Señora, dijo Fabián á la baronesa en voz bastante queda para conservar la apariencia del misterio, pero sin embargo lo suficientemente alta para que pudiese oírle Clotilde, ¿no le parece á V. que á fin de evitar que la conmoción sea demasiado violenta, sería bueno que, sin decirle cuál, Mauricio supiese que va á recibir la visita de una mujer? Yo de V., temería que la presencia inesperada de una persona á quien tanto ha amado no excediese los deseos del doctor y que en vez de una crisis saludable no resultase una crisis seria y por lo tanto peligrosa.

—Tiene V. razón, señor de Rieulle, contestó la baronesa. Escucha, Clotilde, el caballero me ha hecho una observación atinadísima; decía...

—Ya lo he oído, repuso Clotilde.

—¿Qué te parece?

—Usted tiene más experiencia que yo, señora, y confieso que no me atrevería á dar mi parecer en circunstancias semejantes.

—Pues yo abundo en la opinión del señor de Rieulle, dijo la de Barthele. Escúcheme V., caballero, y vea si mi proyecto no es admirable. En lugar de hablar en voz baja y con precaución, como hemos hecho hasta ahora, voy á hacer señas al señor de Montgiroux y al médico de que se sientan al lado de Mauricio; yo á mi vez tomaré sitio entre ellos, y en voz natural anunciaré que una vecina de campo nos ha mandado á solicitar permiso para venir á ver nuestra casa, que le han alabado por modelo de buen gusto. Como él es quien aquí todo lo ha dirigido, esto le halagará, no me cabe duda; porque en cuanto á lo que atañe al ajuar tiene un amor

propio de artista. Y efectivamente él es quien aquí lo ha dirigido todo y transformado la casa de modo que no parece la misma. Pero ahora se me ha olvidado lo que estaba diciendo ..

—Decía V., repuso Fabián, que V. prevendría á Mauricio que una vecina de campo...

—Esto es. Luego designaré á la vecina esa de modo que levante en él algunas sospechas. «¿Cómo negarnos, continuaré, á satisfacer la curiosidad de una mujer joven y hermosa?» Y recalcaré la voz sobre las últimas palabras. «Aunque la señora esa sea algo extravagante, añadiré sin dejar de recalcar las palabras, y tal vez un poco ligera, y aquí recalcaré con más fuerza, en el campo una visita única, que una no viene obligada á devolver, ningún perjuicio acarrea...» Interin, observaremos el efecto que producen estas palabras pronunciadas con naturalidad, como acabo de decirle á V., cual si se tratase de la cosa más sencilla y más natural del mundo... Luego volveré para informar á V. de cuanto haya ocurrido.

La señora de Barthele hizo un movimiento como para abandonar el salón, y Clotilde se dispuso á seguirla. Fabián temió, pues, por un instante por el buen logro de su plan; pero la baronesa detuvo á su nuera, diciéndola:

—Aguarda, querida mía, se me ocurre una idea, y es que como al retrato moral de la dama quiero añadir algunos pormenores físicos, es menester que tú no te encuentres allá, pues tu presencia le incomodaría. Delante de ti no se atrevería á dirigirme pregunta alguna; porque quépate de ello la seguridad, Mauricio reconoce en su interior los agravios que te ha inferido.

—¡Señora!... murmuró Clotilde sonrojándose.

—Mire V. cuán hermosa es, continuó la baronesa dirigiéndose á Fabián, y cuán poco merece perdón su marido; y luego, volviéndose á Clotilde, añadió: si quieres creerme á mí, cuando Mauricio esté bueno dale á tu vez un mal rato.

—¿Cómo, señora? preguntó la joven fijando sus azules y grandes ojos en su suegra.

—¿Cómo? ya te lo diré yo misma; pero volvamos á la dama. «Acaba de llegar, la he visto.»

—¿Usted la ha visto? exclamó Clotilde.

—No, mujer, hablo para Mauricio, no para ti. «¿La ha visto V.? va á preguntarme el conde.—Todavía no he hecho sino vislumbrarla, responderé yo.—¿Qué mujer es esa? continuará preguntando tu tío.—¡Toma! una mujer...»—Pero vamos á ver, señor de Rieulle, dígame usted qué tal es ella para que yo pueda responder.

Aunque Clotilde no hizo movimiento alguno, es evidente que semejante conversación la hacía sufrir, sino de pesar, á lo menos de despecho. Fabián seguía los progresos de este sufrimiento con mirada de fisiólogo consumado.

—¿Es morena ó rubia? preguntó la señora de Barthele, quien, con su volubilidad innata, volaba de flor en flor, y como no acostumbrada á examinar á fondo cosa alguna no notaba la ligera contracción de las facciones de Clotilde.

—Morena.

—¡Cómo! ¿es posible que un hombre pueda amar á una morena cuando es dueño de la rubia más adorable? Y dígame V., ¿es alta ó baja?

—De estatura regular, pero de líneas irreprochables.

—¿Y viste?

—Con gusto exquisito.

—¿Sencillamente?

—Sencilísimamente.

—Bien; les dejo á ustedes. Oye, Clotilde, cuando el coche de la señora Ducoudray esté á la vista, sube á avisarme en seguida. Y á propósito: ¿sabe V. de qué modo vendrá, señor de Rieulle?

—Es probable que en su calesa, pues está demasiado magnífico el tiempo para encerrarse en un cupé.

—¡Ah! ¿Conque tiene trenes la princesa esa?

—Sí los tiene, señora, y aun son citados por su elegancia.

—¡Dios mío! ¡en qué tiempos vivimos! exclamó la de Barthele saliendo del salón y dejando á solas á Fabián y á Clotilde.

## V

Como ya hemos dicho, esto era lo que deseaba Rieulle, quien, desde que viera entrar á la joven, había maniobrado para conseguirlo.

Ahora digamos algo de Fabián de Rieulle, al cual todavía no hemos tenido tiempo de darlo á conocer á nuestros lectores.

Era el joven lo que en toda la acepción vulgar de la palabra se llama un buen mozo; más: á primera vista su porte y sus modales parecían satisfacer las exigencias más absolutas de la elegancia parisiense, y era menester una mirada muy perspicaz ó un examen muy minucioso para distinguir las diferencias que separaban al hombre del caballero.

Fabián frisaba con los treinta, aunque de buenas á primeras no los aparentaba. Tenía los cabellos de un magnífico color castaño oscuro, á los que hacía resaltar la barba, un tanto más clara de color y en la que se veían algunos pelos de matiz muy encendido; las facciones, aunque regulares, las tenía muy marcadas, y el vivo encarnado que habitualmente le cubría las mejillas le quitaba algo de la distinción que acompaña siempre á la palidez. Alto y de buena presencia, conocíase sin embargo que sus abultados miembros eran groseros en sus puntos de conexión y en sus extremidades; sus ojos, azul oscuro, á los que formaban marco bien arqueadas cejas, no carecían de cierta fascinación; pero en vano hubieran intentado apropiarse esa mirada vaga que tanto hechizo da á la fisonomía. En una palabra, ostentaba, si así podemos expresarnos, el sello de la elegancia adquirida, pero no la distinción nata; cuanto proporcionan la educación y el trato social, pero nada de lo que concede la naturaleza.

Rieulle había contraído amistad con Mauricio de Barthele, y por cierto que con ello cometiera la majade-